

I

Una mañana al despertarse Gregor Samsa en su cama de un sueño desasosegado, se vio convertido en un horrible insecto. Tendido sobre la espalda, dura como un caparazón, levantando ligeramente la cabeza veía su abdomen protuberante, pardo y con hendiduras que formaban como arcos y que, debido a su volumen, la colcha no lograba tapar. Sus numerosas patas, de una delgadez penosa en comparación con el cuerpo, se agitaban ante sus ojos sin que él pudiera controlarlas.

Pero ¿qué me ha sucedido?, pensó. No era

ningún sueño. Su cuarto, una habitación normal y corriente de ser humano, quizá algo pequeña, seguía estando entre las cuatro conocidas paredes. De la pared, sobre la mesa en la que había desparramado un muestrario de tejidos —Samsa era viajante— colgaba la estampa que hacía poco había recortado de una revista y puesto en un bonito marco dorado. Mostraba a una mujer con un gorro de pieles, una boa y un pesado manguito también de pieles que ocultaba todo el antebrazo al espectador.

La mirada de Gregor se dirigió luego hacia la ventana, y el tiempo sombrío —se oía cómo las gotas de lluvia repiqueteaban contra la chapa del alféizar— le hizo sentirse completamente melancólico. ¿Y si sigo durmiendo un rato y olvido todas estas majaderías?, pensó, pero esto era del todo irrealizable porque estaba acostumbrado a dormirse del lado derecho, y en la situación actual no podía ponerse así. Por más fuerza

con que se lanzase al lado derecho siempre acababa basculando y volvía a quedarse boca arriba. Lo debió de intentar un centenar de veces, cerró los ojos para no tener que ver cómo se agitaban las patas y lo abandonó cuando empezó a sentir en el costado un dolor, ligero, amortiguado, que nunca había anteriormente sentido.

Dios mío —pensó—, qué profesión más agotadora se me ha ocurrido escoger. Viajando un día tras otro. Las tensiones profesionales son mucho mayores por ahí que si trabajas en la empresa propiamente dicha; y luego te imponen esta pesadilla de los viajes, la preocupación por los enlaces ferroviarios, la comida, mala e irregular, y el trato con la gente, siempre cambiante, nunca duradero, nunca entrañable. ¡Que se vaya todo al diablo! Sintiendo un ligero escozor en el abdomen, se incorporó lentamente por el cabezal para así levantar mejor la cabeza, encontró el punto que le escocía, en el que se veían unas

manchitas blancas que no acertaba a comprender; trató de tocarlo con una pata, pero enseguida la retiró porque al rozarlo sintió escalofríos.

Volvió a deslizarse para quedarse donde estaba. Este madrugar —pensó— le vuelve a uno tonto. Las personas tienen que dormir sus horas. Hay otros viajeros que viven como sátrapas. Por ejemplo, cuando yo vuelvo de mañana a la pensión para pasar los pedidos obtenidos, estos señores se acaban de sentar a desayunar. Si se me ocurre hacer eso con el jefe que tengo, me larga sin más historias. Aunque quién sabe si eso me vendría muy bien. Si no me contuviera, que lo hago por mis padres, hace tiempo que me habría marchado: me presentaba ante el jefe y le decía lo que pensaba de él. ¡Es que se caía del escritorio! Vaya que es extravagante eso de sentarse en el escritorio y dirigirse desde lo alto a los empleados, que, como él es duro de oído, tienen que acercarse lo más posible. En

fin, no hay que perder del todo la esperanza: en cuanto haya reunido el dinero para restituir la deuda que mis padres tienen con él —todavía me quedan cinco o seis años— lo hago sin falta. Entonces se acabó para siempre. Pero por el momento, me tengo que levantar porque el tren sale a las cinco.

Entonces miró hacia el despertador que hacía tictac sobre la cómoda. ¡Dios santo!, pensó. Eran las seis y media, y las agujas avanzaban en silencio; habían pasado de la media, se aproximaban ya a menos cuarto. ¿Pero no había sonado el despertador? Desde la cama se veía que la otra manecilla estaba correctamente colocada para sonar a las cuatro; seguro que había sonado. Pero entonces, ¿era posible haber seguido durmiendo tranquilamente a pesar del ruido que armaba, que hasta sacudía los muebles? La verdad es que bien no había dormido, pero probablemente por eso su sueño había sido más

profundo. Y ahora ¿qué podía hacer? El siguiente tren salía a las siete y para alcanzarlo tendría que correr como un insensato, las muestras ni siquiera estaban empaquetadas, y él mismo no se sentía especialmente despabilado y dinámico. Pero incluso si alcanzaba el tren no se libraría de que le abroncara el jefe, porque el mozo de la empresa seguramente le había estado esperando en el tren de las cinco y la noticia de su ausencia haría tiempo que la habrían notificado. Ese tipo era una hechura del jefe, cobarde y sin criterio. ¿Y si decía que estaba enfermo? Pero eso era sumamente delicado y sospechoso, porque Gregor en sus cinco años de servicio no había caído enfermo una sola vez. Sin duda, el jefe se presentaría con el médico del seguro, recriminaría a los padres por la gandulería de su hijo y rechazaría todas las objeciones aludiendo al dictamen del médico, para el cual sólo existe gente perfectamente sana, pero que siente aversión por el tra-

bajo. ¿Y no hubiera tenido razón en este caso? En realidad, Gregor, dejando a un lado la somnolencia, realmente injustificada, porque había dormido en demasía, se sentía perfectamente bien y tenía además un hambre tremenda.

Mientras todo estos pensamientos corrían por su mente sin que él pudiera resolverse a abandonar la cama —precisamente el despertador marcaba en ese momento las siete menos cuarto—, llamaron suavemente a la puerta que se hallaba en el lado de la cabecera de la cama.

—Gregor —decía la voz; era su madre—, son las siete menos cuarto, ¿no tenías que irte?

Qué suave la voz. Pero Gregor se asustó cuando oyó la suya propia al contestar, porque era sin ninguna duda la suya de antes, pero en lo más profundo se entremezclaba con un doloroso e irreprimible aflautamiento en el que las palabras se formaban sólo en el primer instante con claridad para, en su posterior resonancia,

destruirse de tal modo que uno no sabía si había oído correctamente. Gregor hubiera querido contestar cumplidamente y aclararlo todo, pero dadas las circunstancias, se limitó a responder:

—Sí, sí, gracias, madre. Ahora mismo me levanto.

Debido a la puerta de madera, desde fuera apenas se notó el cambio que se había producido en la voz de Gregor, porque su madre se tranquilizó con esta explicación y desapareció arrastrando los pies. Pero a raíz de la conversación los demás miembros de la familia se habían dado cuenta de que Gregor, en contra de lo previsto, todavía se encontraba en casa, y pronto el padre llamó a una de las puertas laterales suavemente, pero con los nudillos.

—Gregor, Gregor —dijo—. ¿Qué sucede?

Y, al cabo de un rato, volvió a insistir con voz más profunda:

—Gregor, ¡Gregor!

Pero desde la otra puerta lateral su hermana le decía en tono suave y lastimero:

—¿Gregor? ¿Te encuentras bien?, ¿necesitas algo?

Gregor respondió dirigiéndose a las dos direcciones:

—Estoy ya listo.

E intentó, por medio de una pronunciación más cuidada y dejando largas pausas entre las palabras, hacer que su voz no sonara extraña. El padre volvió a su desayuno, pero su hermana musitó:

—Gregor, por favor, abre: te lo suplico.

Gregor no tenía la más mínima intención de abrir, y se alegró de haber tenido la precaución, aprendida en los viajes, de cerrar con llave también en casa las puertas.

Por de pronto quería levantarse en silencio sin que nadie le molestara, vestirse y, antes que nada, desayunar; luego, pensaría qué hacer a